

La nueva unión euroasiática: sus retales, parches y flecos

ÑUÑO AGUIRRE DE CÁRCER

Tardaremos muchísimo tiempo en poder desentrañar, al menos con alguna aproximación, la verdad de todo lo ocurrido con el golpe de los ocho, su fracaso (que no aborto), el gobierno de los seis días de Gorbachov, las andanadas de Yeltsin, la reunión de los presidentes y, por último, la tan temida reunión del Congreso de los Diputados del Pueblo, gigantesco artificio constitucional utilizado por los ultra comunistas para recortar el poder central de Gorbachov, el poder enorme residual de Yeltsin y su república rusa, y el poder de los expertos económicos «liberales», únicos capaces de volver a poner en marcha, con ayuda occidental, el pesadísimo carromato de este inmenso país eu-roasiático.

Como si de una gigantesca manta de «patch-work» se tratara, se han ido cosiendo, a verdaderos países de tamaño grande o medio (Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Kazajstan), toda una serie de repúblicas menores, unas transcaucásicas (Georgia, Armenia, Azerbaiyan), otras de cultura islámica que forman el bajo vientre de la Rusia asiática (Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán y Kirghisia). Con esta complejísima composición, ¿cómo se le pudo ocurrir al presidente Mitterrand -si no es por afán de protagonismo y de hacer «cavalier seul»- proponer en Praga la constitución de una única gran Confederación de Estados europeos que incluyera a

todo este amasijo? ¿Era por volver a la política tradicional franco-rusa del «rodillo compresor» de la primera mitad de este siglo? ¿O para que Alemania quedara descentrada? ¿O, finalmente, para dejar en la cuneta a los Estados Unidos en una especie de CSCE sin norteamericanos? La reacción ha sido clarísima por parte de la verdadera «troika» del Directorio que rige actualmente el mundo: Bush ha «concedido» la independencia a las tres repúblicas bálticas (como pago por el apoyo del presidente a Gorbachov); Major se ha presentado en Moscú como cabeza del «G-7», y, por último, Kohl, al que cada día se le da más la razón, «exige» para cualquier ayuda a Moscú que haya unidad en lo económico y en lo militar. Ambas cosas están previstas en el documento de los «Diez más Uno». Entre los flecos bien «recortados», la solución del problema del armamento nuclear. Lo contrario hubiese sido pavoroso. Otro de los flecos pendientes de desenmarañar es el reparto, entre el futuro Gobierno central -o lo que haga sus veces- y las diferentes repúblicas, de los inmensos recursos naturales del territorio euroasiático de la difunta Unión Soviética. Pensemos, por ejemplo, en el oro, los diamantes y el petróleo. Los que han intentado tímidamente, desde posiciones de retaguardia, echar la culpa a Occidente del caos económico soviético por no haberle dado a Gorbachov, a ciegas, todo el dinero que

pedía y más aún, parecen olvidar dos cosas: en primer lugar, que dicho caos es en gran parte de organización, de mala distribución, de falta de trabajo eficaz, y eso no de ahora, sino durante años y años. Los barcos de carga que transportaban el trigo norteamericano permanecían semanas enteras ante el puerto de Riga, que no tenía capacidad suficiente de

grúas para su rápida descarga, ni de tinglados y almacenes, ni estaban tampoco disponibles los vagones necesarios para su distribución por el territorio soviético que nadie había



proyectado a su debido tiempo. Resultado: el trigo acababa pudriéndose, y los granjeros del

Como si de una gigantesca manta se tratara, se ha ido cosiendo a verdaderos países de tamaño grande o medio toda una serie de repúblicas menores, transcaucásicas y de cultura islámica.

En julio pasado, las quince repúblicas parecen haber llegado a

Middle West volvían a enriquecerse con nuevas exportaciones, por lo que no tenían especial interés en difundir estas desastrosas noticias que la censura celaba cuidadosamente al público ruso. La segunda cosa que olvidan esos críticos de bolsillo es que la URSS bien podía hacer frente a las necesidades alimenticias de su población, por encima de su producción agrícola, echando mano de su producción de oro, minerales

de alta estimación en los mercados mundiales y del petróleo. Pero es que esto se reservaba para la producción de armamento muy por encima de cualquier necesidad imaginable («overkill» se llama esta figura), para sostener a distancias enormes (Cuba, Etiopía, Angola, Vietnam, etc.) a regímenes totalitarios opresores e inviables para alimentar un Pactólo, que llegaba a innumerables bolsillos en países occidentales, panorama que ha descrito gráficamente Arnaud de Borch-grave.

«Tardaremos muchísimo tiempo en poder desentrañar la verdad de todo lo ocurrido con el golpe de los ocho, su fracaso, el gobierno de los seis días de Gorbachov, las andanadas de Yeltsin y la reunión del Congreso de los Diputados del Pueblo»

un acuerdo informal de reparto de las reservas de oro de la Unión Soviética; esto ya no sería necesario si se consolida un «Comité Económico Interrepublicano», previsto en el texto del acuerdo «Diez más Uno», para la coordinación de la administración de la economía nacional.

En la mencionada reunión informal no se llegó en cambio a un acuerdo sobre a quién corresponde la propiedad de los recursos minerales y del petróleo: si a la república en

que se encuentra el yacimiento, como quiere Ucrania con el oro de sus minas, o a la Unión, como prefiere Bielorrusia, pobre en recursos minerales. Incluso en el seno de las repúblicas de la Unión, las pequeñas repúblicas autónomas también reclaman su propiedad (como en el interior de la república de Rusia quiere la república autónoma de Buryat, al sur del lago Baikal, respecto a las minas de diamantes, o la república autónoma de Yakut respecto a las suyas).

***«Los que han
intentado echar la
culpa a Occidente del
caos económico
soviético por no
haberle dado a
Gorbachov todo el
dinero que pedía,
parecen olvidar que
dicho caos es gran
parte de organización,
de mala distribución,
de falta de trabajo
eficaz»***



Decidido en febrero de este año el principio de autorizar las inversiones extranjeras en las minas, hay que reglamentar toda la cuestión para poder explotar económicamente los nuevos yacimientos de petróleo de Zarafshan, zona desértica entre las repúblicas de Kazajstan y Uzbekistán; las reservas petrolíferas del mar Caspio y las de los mares de Barents y de Ojotsk, en el Ártico; en los nuevos yacimientos auríferos del Magadan Oblast, en el extremo oriente soviético, etcétera.

Ni los rusos en su historia, ni los soviéticos durante su largo mandato, han hecho ascos a la ayuda extranjera. Dos nombres simbolizan esta ayuda. Uno es el de Averrell Harriman, el gran millonario demócrata norteamericano, cuyo padre empezó su fortuna construyendo ferrocarriles en Siberia. Fue luego el representante personal de Roosevelt para toda la ayuda de Estados Unidos a la URSS durante la segunda guerra mundial, por lo que los altos cargos soviéticos le saludaban siempre ceremoniosamente: «Gospo-din Garriman». El otro nombre es el de Armand Hammer, de origen judío ruso, que se hizo millonario comerciando en trigo y petróleo con la URSS. Un precioso retrato de mujer, de Goya, que figura en el museo del Ermitage, fue donado por este mecenas a instancias de Víctor Louis. Pero ninguno de estos dos prohombres tiraban el dinero por la ventana ni lo hundían en un pozo sin fondo, como hubiesen querido algunos «compañeros de viaje» que hiciese Occidente con Moscú.

Si, como es de esperar, las reformas políticas se ponen en marcha y las económicas no les van a la zaga, el pueblo ruso, tan sufrido a lo largo de toda su historia, recibirá la ayuda generosa de Occidente que ahuyente la pesadilla de un invierno de penuria y sufrimientos.

Ñuño Aguirre de Cárcer es embajador.
Vicepresidente de la Conferencia de Paz para
Yugoslavia